

Mi intervención intentará delimitar algunos puntos centrales de la teoría del sentido desplegada por Gilles Deleuze en uno de sus libros más elocuentes: *Lógica del sentido* (1969). Éste fue, sin dudas, una de las cartas de presentación más sensibles del filósofo, ya que a través de su delicada escritura cautivó a un amplio público. Su texto permitió trasladar la complejidad de un debate filosófico que permanecía bajo el dominio de una elite académica a devolverlo a la discusión callejera. Un gesto propio de un Nietzsche contemporáneo. Hacer filosofía a martillazos, golpeando en aquellos puntos sensibles de la existencia humana. De ese modo, Deleuze se autorizó a llamar al *sentido*: *acontecimiento*. Una palabra de uso frecuente. Múltiples son las acepciones que contienen dicho término. Acontecimiento como aquello que sucede. El acontecimiento expresa que lo sucedido tiene relevancia para el que así lo nombra. No cualquier situación vital deviene acontecimiento. El sesgo singular parece estar marcado porque lo que adviene se realiza inadvertidamente. El acontecimiento muchas veces arrastra consigo algo esperado y realizado, algo insospechadamente venturoso. El acontecimiento llama a las emociones. Con él muchas veces surge el entusiasmo por lo sucedido, o en su contrario, porta consigo una desgracia, una pérdida, algo que deja a los sujetos conmovidos definitivamente. De ese modo, Deleuze no parece elegir ese término inocentemente. Si dicha palabra de la lengua corriente porta consigo ese universo de expectativas, describir una lógica del acontecimiento puede eventualmente aspirar a delimitar un espesor deseante. Allí donde lo insospechado se produce, el deseo puede tomar rutas inexploradas.

Lógica del sentido-

Antes de ir a describir esa singular definición del sentido como acontecimiento, algunas palabras acerca de la ubicación temporal de la aparición del libro. Tiempo de debates intelectuales en la Francia de los setenta, donde el estructuralismo parece dar nuevas respuestas a las inquietudes que hasta ese entonces se denominaban existenciales, o fenomenológicas y/o de estofa materialista marxista. Deleuze se baña en esas aguas pero tiene una voz singular. Así, declara: *¿Qué cosa más alegre que el aire del tiempo? [...] Hay actualmente muchos estudios profundos sobre diversos conceptos [...] participo de ello y en ese sentido me pregunto cómo hacer filosofía. Estoy a la búsqueda de cierta 'vitalidad'. La vitalidad filosófica está muy próxima a nosotros, la vitalidad política también* (1968). Esa inquietud vital parece surgir de una original lectura de los textos bergsonianos pero que abre un horizonte mucho más amplio. De ese modo, horada el estructuralismo escribiendo *¿En qué reconocemos al estructuralismo?* (1967/1972), pieza clave para entender la mutación que se estaba produciendo en el campo de las ideas. *Pensar es tirar los dados [...] nada de esencias sino combinatoria de elementos formales que por ellos mismos no tienen ni forma, ni significación, ni realidad empírica.* Quizás por ello, los capítulos del libro son series de paradojas. Su novedosa definición del *sentido* se sostiene sobre los andamios de la

propuesta estructuralista, pero al mismo tiempo realiza una combinación singular entre ésta y la fenomenología que se inicia con Husserl y se prolonga en Merleau-Ponty. Deleuze tiene en cuenta a Husserl quien define al *sentido* como lo expresado y usa las nociones husserlianas de *síntesis pasiva* y *empirismo trascendental*. Su amigo Alain Beaulieu afirmaba que Deleuze no combatía la fenomenología sino que combatía *con* ella. Escribe *Lógica de sentido* de manera solitaria. Todavía no se consolidó la máquina D&G. Por esos años ya conoció a Félix pero aun no escriben a cuatro manos. En Guattari encuentra lo que necesitaba para que su filosofía no se marchitara en elucubrados razonamientos. Félix trae la experiencia de la locura, y con ello al psicoanálisis más alternativo de aquellos tiempos. La Borde y la escuela de Lacan están presentes como balizas que guían su recorrido, pero sin por ello quedar absorbido por los torbellinos institucionales. De ese modo, Deleuze declara que su libro *es un ensayo de novela lógica psicoanalítica*. Dicha definición parece delimitar no solo el momento doctrinal en que se encuentra el filósofo sino también el estilo de su escritura: es un ensayo (en su sentido polisémico) de novela. La propuesta reflexiva no queda por fuera del relato novelado, donde los personajes incluidos forman parte esencial del recorrido. La Alicia carrolliana, Humpty Dumpty, el Jabberwocky, pero también los territorios de Rodez, donde Artaud recorre los ruidos desarticulados de su propia lengua. El reverendo Charles Dodgson brinda su lógica estricta al mismo tiempo que el absurdo es el corazón de su discurso. Como una suerte de juego de la lógica. Pero también es psicoanalítica y en ello no se ahorra el realizar un paseo que va de un lado al otro del canal de la Mancha. El psicoanálisis francés -donde Lacan es la estrella- es confrontado con el psicoanálisis inglés. “La carnicera” es amiga del absurdo carrolliano y eso le merece un lugar en la novela.

Un sentido que no tiene sentido-

Definir el *sentido* como *acontecimiento* exige, de buenas a primeras desmarcarse del sentido común o del buen sentido. Del primero porque éste *subsume la diversidad dada remitiéndola a una supuesta unidad de una forma particular de un objeto o de una forma individualizada del mundo* (1969). En el sentido común se está bajo la creencia de que los objetos que detento y el mundo que me rodea siempre es el mismo. Ilusión creada por la captura perceptiva, regida según las leyes de un sistema determinado. El sentido común inventa un “nosotros”. Y del segundo porque el mismo desempeña un papel capital en la determinación de una significación clara y precisa, pero nunca permite la donación de un *sentido*. El buen sentido se dice de una única dirección, es sentido único. El *sentido* propuesto en el libro apunta al elemento rebelde, a la subdivisión infinita, a la multiplicidad de direcciones, poco y nada tiene que ver con la opinión general. Lejos de la doxa. Un sentido que se sostiene en la permanencia de las paradojas. La potencia de la paradoja consiste en mostrar que el sentido toma siempre dos direcciones a la vez. No teme a la contradicción sino que produce con ella. *La paradoja es la inversión simultánea del sentido común y del buen sentido*. A ello, Deleuze le llama el devenir loco, imprevisible, donde la identidad de pensamiento queda perdida, es irreconocible. La paradoja apunta a lo impensable, toca el borde de lo

inefable y más que producir espanto, muchas veces, hace reír. Alicia en *Al otro lado del espejo* es grande y pequeña a la vez y ello produce una serie de circunstancias que son puro devenir. Ella se reconoce sólo en los momentos que deja de ser ella misma y con ello prosigue su ruta. O en *Sylvia y Bruno* (Carroll), la canción del jardinero pobre y hambriento quien sueña con un opíparo banquete, exclama:

Crejó ver un elefante/ un elefante que tocaba la flauta/ mirando mejor, vio que era/ una carta de su esposa/ ¡En fin!-dijo-ya sé que la vida es amarga...



Ilustración Harry Furniss

Ante lo cual Deleuze escribe: *Ni siquiera puede decirse que el sentido exista: ni en las cosas ni en el espíritu, ni con una existencia física ni con una existencia mental; ni siquiera que tenga utilidad ya que está dotado de un esplendor ineficaz, impasible y estéril.*

Crísipo: ...un carro pasa por tu boca-

Pero formular que el *sentido* es *acontecimiento* exige zambullirse en la lógica estoica. Fue allí donde Deleuze encuentra la plataforma central a su propuesta. Crísipo, Sexto Empírico proponen un modo de hacer lógica que se aleja de la lógica predicativa aristotélica. Poco importa -para ellos- definir los objetos del mundo. Para la lógica estoica las cosas, en el nivel proposicional, no son sino que devienen. El énfasis estará puesto en el movimiento inherente a cualquier enunciado. Los enunciados no están hechos para fijar las cosas al mundo sino para darles el necesario movimiento. Una lógica poco obsesionada por la certeza de las aserciones. Más que afirmar: *el árbol es verde*, optarán por enunciar: *el árbol verdea* y con ello todo lo que gira alrededor de él verdeará junto a él. Lógica proposicional más que lógica predicativa. Primacía de los verbos por sobre los sustantivos y adjetivos. *El atributo no es un ser y no cualifica a un*

ser; es un extra-ser. 'Verde', designa una cualidad, una mezcla de cosas, una mezcla de árbol y de aire donde la clorofila coexiste con todas las partes de la hoja. 'Verdear', por el contrario, no es una cualidad en la cosa, sino un atributo que se dice de la cosa y que no existe fuera de la proposición que la expresa al designar la cosa [...] el sentido no existe fuera de la proposición.

Deleuze desempolva la lógica estoica de la mano del texto Émile Bréhier (1928) y la ubica en el debate del tiempo. Carroll y el estructuralismo son los herederos contemporáneos de aquella antigua teoría. En la misma se ordena el cosmos de otra manera que Aristóteles. La lógica estoica deriva del platonismo, pero se desprende de él. Para Crísipo existen dos clases de cosas. 1) Los cuerpos con sus tensiones, sus cualidades físicas, sus acciones y pasiones con su 'estado de cosas'. Todo lo que existe son cuerpos. Los cuerpos se mezclan, se separan y se unen de modo permanente. Existen en el espacio y su único tiempo es el presente (Kronos). Los cuerpos son causa de las cosas. Los cuerpos tienen espesor, pesan. 2) Los incorpóreos. Éstos son puro efecto, nunca causa. No tienen cualidades físicas sino solamente atributos lógicos o dialécticos. No se puede decir que existan sino que subsisten o insisten, son entidades inexistentes. Se mueven bajo la esfera del tiempo infinito (Aión), nunca en el presente, siempre en el pasado y el futuro. Los incorpóreos nunca tocan los cuerpos. Ellos son: el tiempo (Aión), el lugar, el vacío, y el expresable (*lekton*). Éste último será al que Deleuze lo designará como *sentido*. El *lekton* es puro efecto del interjuego de los significantes (que son cuerpos). La relación entre los cuerpos e incorpóreos mantiene una singular tensión. *Cuando el escalpelo corta la carne, el primer cuerpo produce sobre el segundo no una propiedad nueva, sino un nuevo atributo, el de ser cortado. El atributo no designa ninguna cualidad real sino, por el contrario, es solo expresado siempre por un verbo, lo que quiere decir que no es un ser, sino una manera de ser. Esta manera de ser se encuentra en el límite, en la superficie del ser y no puede cambiar la naturaleza de éste.* (1969) El sentido como acontecimiento ocurre en la superficie, nunca en las profundidades de los cuerpos. El acontecimiento es un efecto de superficie. Todo ocurre en la frontera entre las cosas y las proposiciones. Crísipo enseña: si dices carro, un carro pasa por tu boca. Lo más profundo es lo inmediato y lo inmediato está en la lengua. Rotunda destitución de las profundidades. O para decirlo en términos de Paul Valéry, lo más profundo es la piel.

Lacan leyendo a Deleuze-

Lacan hace referencia al libro de Deleuze en su seminario de forma inmediata. Su modo de decir es peculiar: entre el asombro y el elogio. *Pudo Deleuze tener el tiempo para todas esas cosas que para mí, han alimentado mi discurso [...] le han dado en esta oportunidad su aparato tales como la lógica de los estoicos [...] Se permite, puede mostrar el lugar del soporte esencial, puede hacerlo con esa suprema elegancia cuyo secreto tiene* (1969). Asombrado por la cercanía de los recorridos, pero también por el modo elíptico en que Lacan es referido en el libro deleuziano. Imposible eludir al psicoanalista pero citado por intermedio de algunos de sus alumnos. Y al mismo tiempo elogio por la indiscutible elegancia de su escritura. Mayette Viltard realiza un

exhaustivo recorrido a propósito de las distintas declinaciones de los términos estoicos en los seminarios de Lacan así como en el texto deleuziano. Muestra los puntos de cercanía o incluso de coincidencia entre ellos, así como en los que toman vías distintas. Viltard recuerda que Lacan le atribuye un papel central al signo estoico (*semeion*) teniendo una relación con el significante (*signans*) – significado (*signatum*) en el marco la proposición hipotética traducida mediante un juicio condicional (*synémmenon*) expresada como *si... entonces*. En esta proposición habrá un antecedente (significante) y un consecuente (significado). En este caso, el consecuente es el expresable o incorporeal. En la proposición hipotética nada va de suyo. Lo expresable no tiene estatuto de sentido unívoco. Efecto, pero efecto inesperado. El lazo de conexión entre el antecedente y consecuente no es de unión sino de suspensión. Suspenseo es un término que Lacan empleará significativamente. Gestos suspendidos, frases suspendidas. A su vez, Viltard destaca también el tercer elemento de esta lógica: la *tuchanon*. Ésta es real; está en la red de los cuerpos y es lo que ocurre. Lacan lo llamara el encuentro fallido en el real.

Los puntos de coincidencia entre Lacan y Deleuze son notorios, pero aun así, sus puntos de mira son distintos. Deleuze construye una teoría del sentido en un territorio filosófico lo suficientemente rico y amplio. De la parte Lacan no podemos hablar de ninguna teoría del sentido sino una apuesta doctrinal que intenta dar cuenta de la práctica analítica. Su búsqueda está claramente delimitada. Aun así, Lacan pocos años después, en su tercer discurso de Roma (1974) intenta ubicar el sentido en el nudo borromeo y una vez más vuelve a remitirse a la escuela estoica como la que tuvo una especie de presentimiento del lacanismo.

De las proposiciones deleuzianas-

Francois Wahl comenta que (*Le cornet du sens*. 1998) uno de los puntos centrales de la lógica del sentido está en que las series de paradojas que comprenden dicho libro operan como un dispositivo maquínico. Wahl dirá que la insistencia de Deleuze está en esa condición maquínica del sentido. Sin nombrarlo explícitamente Lacan está desperdigado por toda la obra: series que producen sentido. Condición maquínica que emerge de la propuesta estructuralista reinante pero que - a su vez- ya vislumbra otro horizonte que se consolidará en el encuentro con Félix.

El sentido se produce de forma serial. Series heterogéneas que coexisten. Existencia de leyes de dos series simultáneas que nunca son iguales. Los términos de cada serie están en perpetuo desplazamiento siempre desfasados de los elementos de la otra serie. Desequilibrio y perpetuo desdoblamiento de las series. Este permanente desencuentro produce paradojas. Éstas se efectúan entre las proposiciones y el estado de las cosas. Deleuze afirma: *De la instancia paradójica [de las series] hay que decir que nunca está donde se la busca, y, que, inversamente, no se la encuentra donde está. Falta a su lugar dice Lacan*. Así Deleuze pasará a llamarla *paradoja de Lacan*. Y en dicha deriva surge el sinsentido. El sentido al producirse en de una serie de paradojas no es separable de la presencia del sinsentido. El sinsentido opera como la donación del sentido. Que un término este desprovisto de significación no implica que no tenga sentido. El sinsentido

se sostiene en palabras esotéricas, o palabras- valija. Jabberwock, Snark, Bujum. El sinsentido revela el poder infinito del lenguaje.



Snark es un nombre inaudito, también monstruo invisible...

Los acontecimientos son expresables-

Así, el sentido no existe por fuera de la proposición. Y existen muchas relaciones en la proposición misma. Deleuze las enumera así: *La designación o indicación* es la relación de la proposición con un estado de cosas exterior (datum). La designación opera mediante palabras que representan el estado de cosas. Son partículas lingüísticas que indican: ‘esto’, ‘aquello’, y también nombres propios. Al relacionar las palabras con las cosas tienen como criterio dar cuenta de lo verdadero o lo falso. *La manifestación* es la relación de la proposición con el sujeto que habla. Aquí se encuentran los deseos y creencias. De lo verdadero y lo falso de la designación, en la manifestación se trata de la veracidad y el engaño. *La significación* es la relación de la palabra con conceptos universales o generales y de las relaciones sintácticas con implicaciones de concepto. Por último *el sentido*: incorporal en la superficie de las cosas, entidad compleja irreductible, acontecimiento puro que insiste o subsiste en la proposición. Ni posible, ni real ni necesario sino fatal. El sentido está dotado de un esplendor ineficaz, impenetrable y estéril.

¿De qué sujeto hablamos?

Ahora bien, en la descripción de las relaciones de la proposición, es la manifestación la que hace referencia al sujeto que habla. Es claro que no hay sentido sin un sujeto que profiera las palabras. Es condición necesaria pero no suficiente. Lacan se encargó de distinguir al individuo del sujeto. Diferencia que implicó una ruptura radical en el

campo de psicoanálisis. Deleuze parece tomar el guante que dejó Lacan pero le da un estatuto filosófico que lo transporta, una vez más, a otros territorios. El acontecimiento es una singularidad, producto de una máquina dionisiaca. Un discurso de lo informe, es lo informal puro, un caosmos. *Y el sujeto de este nuevo discurso, aunque ya no hay sujeto no es el hombre o Dios [...] Una singularidad libre, anónima y nómada que recorre tanto los hombres como las plantas y los animales independientemente de las materias de su individuación y de las formas de su personalidad.* Los acontecimientos-singularidades no son ni individuales ni colectivos. Son pre-individuales y neutros. Los individuos se constituyen en la vecindad de las singularidades que envuelven. Deleuze lo ejemplifica desde la literatura. Dirá que el libro mayor que describe el acontecimiento es *La roja insignia del coraje* de Stephen Crane y no los personajes de Tolstoi, Stendhal o Hugo. En estos, los protagonistas tienen demasiada presencia. En contraposición, en la obra de S. Crane el héroe es designado simplemente como ‘el joven soldado’. A su vez, plantear el sentido como acontecimiento le exige al filósofo definir cuán cerca o lejos está del torrente de la conciencia. Deleuze hablará de un campo de trascendental que no caiga en las trampas ni de la conciencia ni del cogito. Aclara que la superficie no es en absoluto idéntica a una conciencia, sino que aquella desborda el campo de la conciencia, siendo siempre impersonal y pre-individual. Recordemos a su vez, que el libro fue propuesto como un ensayo lógico psicoanalítico. Y en ese sentido escribe: *No buscamos en Freud al explorador de la profundidad humana y del sentido originario sino al prodigioso descubridor de la maquinaria del inconsciente, por la que el sentido es producido, siempre producido en función del sinsentido.* Y por este sesgo planteará que el psicoanálisis podría advenir “ciencia” de los acontecimientos puros. Un psicoanálisis que debería hacerse –según el autor- sobre dimensiones geométricas antes que sobre las anécdotas históricas. Éste no debe contentarse con designar casos sino en dedicarse a la captación de sentidos. Un psicoanálisis más geográfico que histórico. Un psicoanálisis que sepa distinguir países diferentes. El territorio de Edipo es diferente al de Alicia, al de Bartebly, o al del mismo Artaud.

El acontecimiento es una herida-

La última dimensión del acontecimiento entiendo que es la más conmovedora. En la vigesimoprimer serie delimitará al acontecimiento en relación a las heridas de la vida. *Hay que alcanzar un punto secreto en el que es la misma cosa una anécdota de la vida y un aforismo del pensamiento. Es como el sentido que, en una cara, se atribuye a estados de vida, y, en la otra, insiste en las proposiciones de pensamiento.* Lo que caracterizará entonces un modo de pensamiento y un estilo de vida. Las doctrinas para que sean válidas deberán estar encarnadas en las heridas vitales. Deleuze se sostiene en la escritura del poeta Joe Bousquet, quien queda paralítico luego de haber ido a luchar en la Gran Guerra. Toda su vida de poeta queda signada por ese acontecimiento vital que lo dejó postrado en su cama. Desde allí inaugura una escritura poética que contiene un Eros negro productor. Su *Cuaderno negro* es el testimonio de una erótica realizada en el permanente contraste con lo imposible. *Que en todo acontecimiento esté mi desgracia pero también un esplendor y un estallido que seque la desgracia [...]*

Conviértete en el hombre de tus desgracias, aprende a encarnar su perfección y su estallido. Y Deleuze agrega a las palabras de Bousquet: *El estallido, el esplendor del acontecimiento es el sentido. El acontecimiento no es lo que sucede (accidente); sino que está en lo que sucede del puro expresado que nos hace señas y nos espera.* A través del decir poético Deleuze nos remite directamente a la ética estoica: tomar el evento del modo en que este llegue. Despojo de expectativas, y así acoger lo que advenga desde el real. La *tuchanon* rige azarosamente nuestras existencias. Un canto a la contingencia. Un olvido de las certezas.

Un libro para los psicoanalistas-

Siete años después de la publicación de *Lógica del sentido*, Deleuze escribe un prefacio para la edición italiana de aquel libro, pero declara rápidamente que el tiempo transcurrido lo deja en un estado de desconcierto. Expresa el temor de incurrir en algún tipo de impostura como: ese libro ya fue...; o de jugar el rol de la indiferencia. Aun así intenta escribir algunas pocas palabras. Deleuze ubica *Lógica del sentido* como el texto donde mostró su ruptura con la filosofía tradicional. Lo llama un libro alegre, escrito en tiempos de enfermedad. ¡Vaya paradoja! Dice también desconocer por qué tuvo tanta necesidad de los grandes libros carrollianos. Aun así lo encuentra un libro vigente, de un presente “desplazado”. Pero su nota italiana declara enfáticamente que hoy sólo hay algo que ya no va más. Escribe: [La lógica del sentido] *testimonia aún una complacencia ingenua y culpable con respecto al psicoanálisis. Mi única excusa sería la siguiente: intenté sin embargo, muy tímidamente volver inofensivo al psicoanálisis, presentándolo como un arte de las superficies [...] Pero de todas maneras, los conceptos psicoanalíticos quedan intactos y respetados [...] después de Lógica de sentido, lo que sucedió en mí dependió de mi encuentro con Félix.* (1976). La historia que siguió ya la sabemos.

Queda a nosotros -psicoanalistas- agradecer al filósofo que no sea complaciente con el psicoanálisis. Si fuera el caso, nuestro oficio habría devenido una práctica ritual y sin vida. Que nuestras heridas vitales sostengan nuestra labor.

